

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, ABRIL 1º DE 1873.

{ NUM. 33.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL CHAL DE CACHEMIRA.

(Continúa.)

Estaba haciendo ya Palmira serias reflexiones sobre su fatal costumbre de no juzgar á los hombres mas que por su exterior; y aun hacia propósito de no esponerse mas á semejantes lances que causaban tantos sentimientos y bochornos, cuando abriendo un criado ambas hojas de la puerta del salon, introdujo á una señora jóven y de buen parecer, cuyo porte y modales anunciaban una dama de alta clase. Una sencilla, pero rica y garbosa compostura descubrian el mas lindo talle; un sombrerillo color de amaranto, adornado de un hermoso velo de Inglaterra, ocultaba un largo cabello castaño que caia en rizos; y un chal de Cachemira negro de muchísimo valor estaba echado al descuido sobre los mas bellos hombros..... «Un chal de tanto valor, dice Palmira en su interior, anuncia una señora en toda forma, y quizá una señora de la corte.....—¿Habrá salido ya M. de Forlis? dijo al entrar la bella desconocida: es cosa muy cruel, no puede serlo mas. ¡Era

trabajo inútil reventar mis caballos!—Quiere vd., señora, tomarse la molestia de sentarse? le dijo Palmira llevándola al sofá; quizá en ausencia de mi padre podré dar á vd. las luces que desea.—Estoy muerta de impaciencia por saber noticias de nuestro querido mariscal, que manda en Polonia. ¿Es peligrosa su herida? ¿es en el brazo derecho, ó en el izquierdo? ¿le veremos pronto?—Aunque no me es posible satisfacer en un todo la justa inquietud de vd., repuso Palmira con el acento de un sumo respeto, tengo el particular gusto de asegurarle que no corren peligro los dias del mariscal.—Me dilata vd. el corazon, señorita, y me le llena de gozo. ¡Este valeroso mariscal! ¡se ha grangeado tanta gloria! ¡se me ha hecho tan querido!—Vd., señora, lo veo ya, está relacionada con el mariscal por los vínculos.....—Los mas sagrados, señorita del alma mia.—¿Acaso tendria la honra de estar hablando con la señora mariscala? repuso Palmira arrimando un almohadon bajo los piés de la desconocida.—No, linda mia; no, no soy parienta del mariscal; tengo únicamente con él las relaciones de amistad que me unen desde mi infancia con su parienta. Viviamos en la misma casa, nos encontrábamos á todas horas del dia, y conoce vd. que cuando uno ha contraido el hábito de verse y vivir en compañía... ¿Es vd. la sola hija que tiene

M. de Forlis?—Sí, señora.—Debe vd. serle muy querida, añadió pasando con mucha satisfaccion la mano por la barbilla de Palmira; á fé mia que no puede verse una doncella de mayor gracia y afabilidad.—¿Quien seria capaz, señora, de faltar á los miramientos que son debidos á personas de la clase de vd.?—De ello daré mil parabienes á su padre de vd, la primera vez que le vea. Viene con frecuencia á casa del mariscal; es preciso ir con él, linda mia: la presentaré a vd. al anciano conde de Argenteuil.—Ahora mismo acaba de salir de aquí; se consumia de impaciencia, como vd., por saber de su hijo el señor mariscal.—Y sin duda alguna le ha satisfecho vd. con esa oficiosidad que la hace mas linda todavía. Estoy segura de que el conde habrá salido celebrando el haber conocido á vd....» De nuevo se corria Palmira, y no sabia qué responder. «Pero olvido yo, continuó la desconocida, que la baronesa de Armentieres, que es amiga mia, está esperándome en Bagatelle, para donde nos citamos ayer en casa del embajador de Rusia. La dejo á vd., guapa mia; continúe vd. haciendo á todos un recibimiento tan bondadoso como el que yo he experimentado, y la quedarán entrañablemente cuantos se presenten en su casa.... Pero no salga vd., pues; no quiero que de ningún modo venga acompañándome.—Señora, conoz-

co harto bien cuanto á vd. se le debe.—Y bien, irá vd. con su padre á casa del mariscal, ¿no es verdad? La haremos á vd. oír una música primorosa; la llevaremos en coche abierto al soto de Boulogne, á nuestro palco de la Opera; procuraremos finalmente, divertirla á vd. Desde hoy voy á dar noticia de vd. á la mariscal, y decirle todo lo bueno que pienso en favor suyo..... pero exijo de vd. que no salga mas afuera.—Permítame vd., señora, que la acompañe hasta su coche.—No tengo valor para oponerme á ello, por gozar así del gusto de ver á vd. por mas tiempo. Hasta mas ver, señorita. Realmente nadie puede entender mejor de recibir á la gente, ni conocer mejor los usos y decoro; á fé mia que está vd. llena de gracias.»

Al acabar estas palabras la desconocida dama, sube á un coche, que llevaba en efecto las armas del mariscal, y desaparece de la vista de Palmira, la cual entra en su cuarto, fuera de sí de gozo, y prometiéndose por cierto corresponder al honroso convite que acababan de hacerle. «¡Qué amables y cariñosas, se decia á sí misma, son estas damas de distincion! Solo ellas poseen aquel tacto del bien parecer, y aquellas familiaridades que dan aliento á una; nace de que van á la corte..... Cualquiera otra que como esta mé hubiera pasado la mano por la barbilla me hubiera ofendido é irritado; pues bien, cuando viene de una señora de forma, todo es un favor y predileccion de que una no puede menos de estar muy ufana...» Cuando estaba ensoberbeciéndose así con la visita y familiaridad de la bella desconocida, y gloriándose de antemano de ir en coche abierto al soto de Boulogne, á la Opera, y á la casa del mariscal, volvió á casa M. de Forlis para comer á su acostumbrada hora. Palmira le hizo una muy menuda relacion de cuanto habia pasado en su ausencia; pero se guardó muy bien de darle á conocer el recibimiento que ella habia hecho desde luego al anciano conde de Argenteuil. M. de Forlis habló de este último con todo el encarecimiento del respeto y admiracion. «No conozco en Paris, dijo, á señor ninguno que pueda compararse con él en punto á talento y buen corazon. Va recorriendo todas las mañanas con un humilde traje las guardillas que sirven de morada á la indigencia, en que derrama todas sus economías; por la noche hace las delicias de las concurrencias mas numerosas y mejor compuestas; y pocos hombres le aventajan en instruccion y amabilidad. Há mas de cuarenta años que me honra con su amistad; y á su poderoso valimiento, é infatigable celo, soy deudor del destino honorífico que ocupó, y de la dicha que poseo.»

(Continuará.)

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Quando por avaricia, por falta de conocimiento ó por ignorancia, ó por alguna otra causa, descuidan los padres la educacion de sus hijos, la triste consecuencia que castiga este descuido, no deja de sobrevenir.

Quando los hijos así abandonados vienen á ser hombres y se entregan á los mas temibles vicios, entonces, cuando ya es demasiado tarde, los padres que los han arruinado experimentan profundo pesar.

Una buena educacion, incluyendo la instruccion propia, es lo primero, lo segundo y lo último, el medio principal de que la juventud llegue á ser virtuosa y feliz; y toda otra ventaja, como la riqueza, el alto nacimiento, la belleza, etc., no merecen ser buscadas, en comparacion de una educacion semejante.—PLUTARCO.

El hombre debe elevarse por la instruccion á un estado agradable á Dios, á un estado de verdadera libertad, y á una condicion de espíritu que solo desee lo que es bueno.

El hombre verdaderamente educado, goza de los mas hermosos y agradables resultados; goza sin pasiones, y sin temor, la libertad.

Aquellos que han gozado de educacion y de instruccion, son verdaderamente libres.—EPICTETO.

EL CANCON.

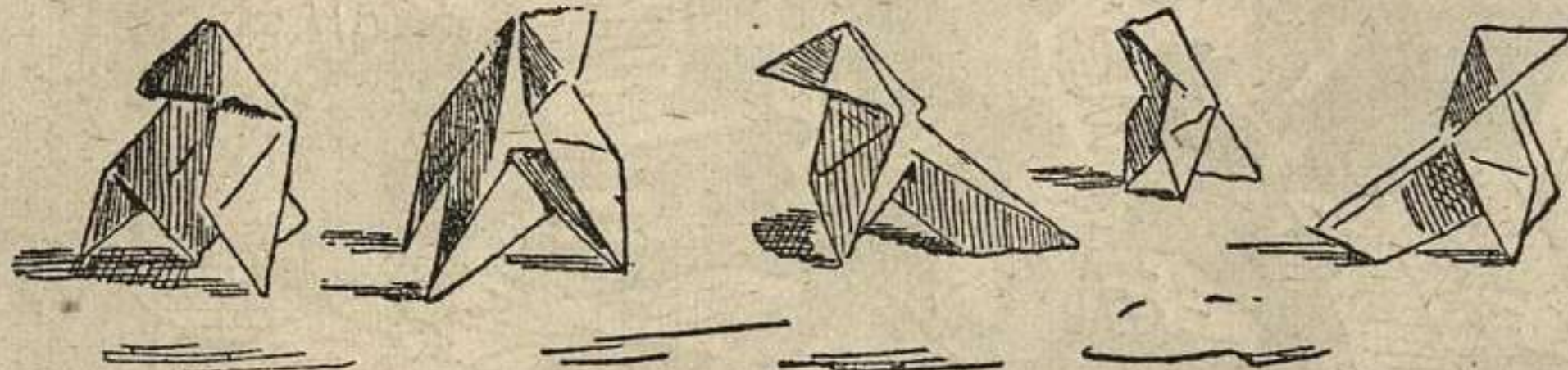
DRAMA BUFO EN DOS ACTOS Y TREINTA Y CUATRO CUADROS, CON UN PRÓLOGO Y DOS EPÍLOGOS.

(CONTINUACION.)

Tan luego como Pepe se ha marchado, la orquesta, compuesta de un triángulo y un clarinete, imita el ruido de la tempestad, y el estruendo del rayo.



Los gallitos, abandonados á sí propios, no dicen «esta boca es mia,» y parece que están en espera de los acontecimientos.

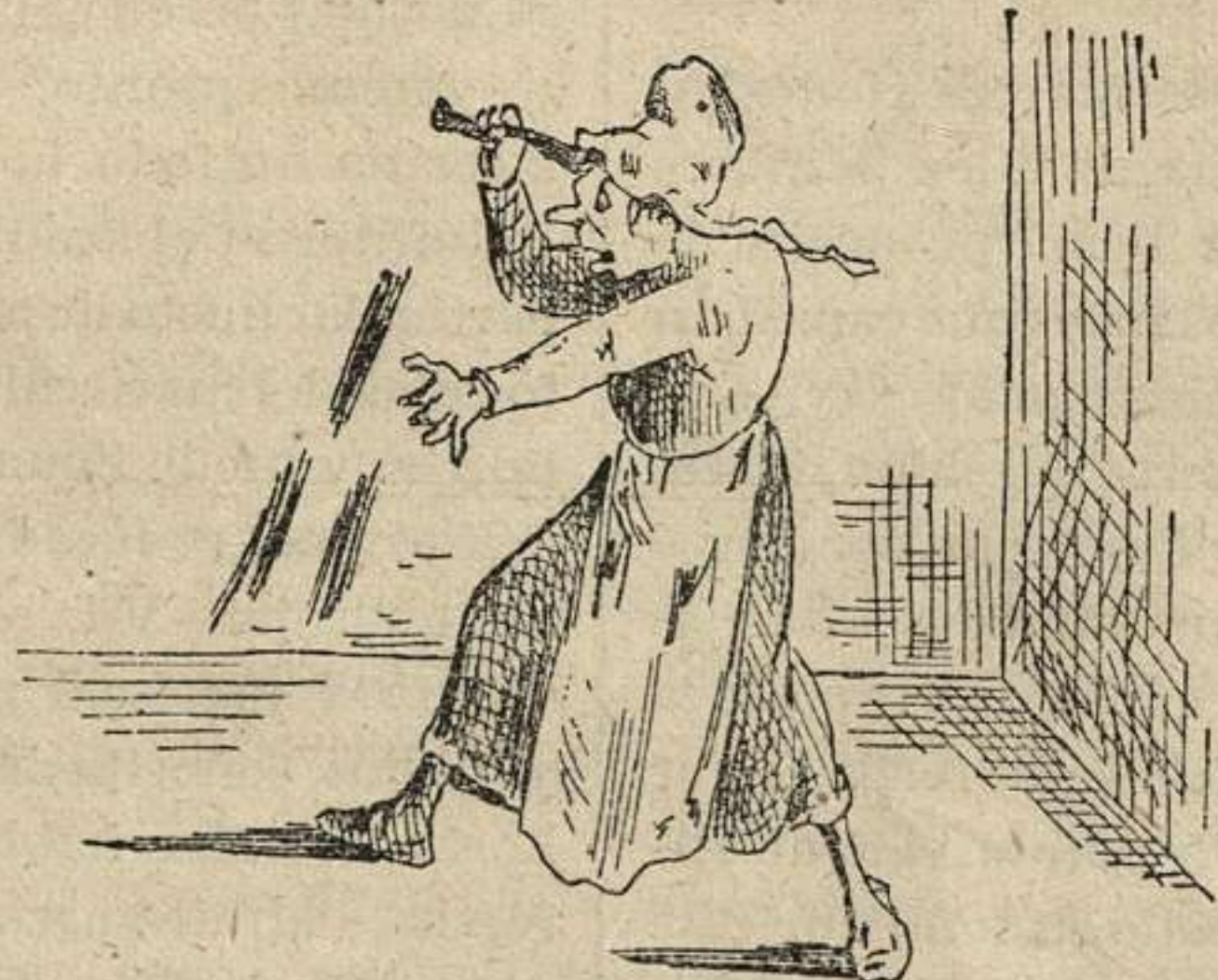


Quando el huracán de la orquesta vá apagándose en un murmullo lento y suave, se oye un gran estrépito como de trastos rotos, gritos, y pasos precipitados; en seguida aparece Pomposa en traje de cocinera francesa, y con el rostro descompuesto.



POMPOSA (muy agitada).—¡Santo Dios! ¿en mi vida habia yo visto cosa semejante!!! Pero si el tal Pepito no es un niño, es un verdadero tragaldabas!..... Solito él se ha soplado de una sentada cuanto dulce habia en la casa: un bote de ciruelas, dos cajetas de membrillo, y un platon de jalea de tejocote, y todo ello por no comerse su pan á secas, y por hacer rabiarse al Sr. D. Bonifacio, que es un alma de Dios. Yo le quise sacar el dulce de la boca; pero me ha hecho tanto caso como á la ollita de la cola, y ¡zas! todo lo hizo pedazos, bote, platos, tazas..... ¡Jesus! ¡Jesus!

(Pomposa acompaña su monólogo con una pantomima de lo mas espresiva, recorriendo la escena con pasos de á vara y media).



CHUCHA (entrando).—¿Qué tienes, Pomposa? ¿por qué estás gritando sola? Oí que decias «dulces,» y vine corriendo; ¿me vas á dar?

POMPOSA (que todavía no se calma).—¿Dulces, eh? pídaselos usted al niño Pepito, que ya no ha dejado ni migaja. Por mas que le decia yo: «Pepito, cómame usted á mí, pero no toque los dulces,» ¡nada! ¡los dulces le gustaron mas!

(Chucha derrama amargo llanto por los dulces que no probó; los lamentos de ambos personajes son interrumpidos por Pepe que entra impetuosamente, llevando en el rostro las señales de sus estrupicios).



CHUCHA.—¿Por qué te has comido todos los dulces, Pepe? ¿no ves la pesadumbre que le has dado á Pomposa? Si me hubieras convidado..... ¡Gloton!

(Pepito contesta con puntapiés y bofetadas á las tímidas observaciones de su hermana. Chucha llora, Pomposa chilla, y sobreviene D. Bonifacio: á la primera ojeada comprende cuanto acaba de pasar).



BONIFACIO.—Pero ven acá, bribon; ¿te has propuesto amontonar crímenes sobre crímenes? ¡Revolucionario!..... Ya no te aguanto otra, y voy á llamar en el acto al Cancón; ¡ahora verás!

PEPE (con tono desdeñoso).—Yo no creo en su Cancón de usted, Sr. D. Boni.

BONIFACIO (muy airado).—¡Márchate de aquí!!!

(Váse Pepe).



(D. Bonifacio se queda un gran rato con el brazo estendido hácia la puerta; en seguida hace una pantomima en que se revela toda la amargura de su alma).

(Continuará.)

CARTAS A LOLA.

CARTA XI.

Si tienes deberes para con Dios en primer lugar, despues para con tus padres y luego para con tus prójimos, los tienes tambien para contigo misma, porque la educacion se divide en tres partes.

La educacion moral, que bien puede compendiarse en esta corta frase: «Amar á Dios y al prójimo.»

La educacion física y la intelectual.

Te he hablado ya en todas mis cartas de la primera, la educacion moral. En cuanto á la educa-

cion física, no te hablaré de ella, por dos motivos: primero, porque seria inútil, pues que las cosas prácticas no se aprenden teóricamente; segundo, porque á tus padres corresponde y son los únicos que pueden dártela.

Deseo, pues, hablarte de la educacion intelectual, en que bien pueden reasumirse los deberes que tienes para tí misma, procurando inspirarte hácia ella una viva simpatía y darte una idea de su valor é importancia, de la misma manera que al hablarte de la educacion moral he procurado inspirarte amor y máximas de virtud.

La primera idea que debes formarte para comprender la importancia de la instruccion, es la de que es en parte un deber moral; primero, porque tenemos obligacion de cultivar el espíritu, que es una parte de la divinidad, con que no sin objeto nos ha dotado Dios. Lo segundo, porque la persona instruida, la que ha acostumbrado su inteligencia á pensar en algo mas elevado que las pequeñeces de este mundo, no solo no tiene apego á ellas, sino que no tiene ni tiempo de pensar en el mal; en consecuencia, esta, como la anterior, es una consideracion digna de que nos persuadamos de que tenemos obligacion de instruirnos, aunque no sea mas que por nuestro bien.

La persona que sin dejar á un lado la virtud de la modestia, es verdaderamente instruida, puede prestar mas servicios, tiene mas medios de ser útil y benéfica, que aquella que es simplemente virtuosa, y siempre en cualquier caso es apreciada y sabe encontrar inagotables fuentes de consuelos y goces, de cuya existencia ni aun sospécha la persona que no es instruida.

Aunque todavía eres una niña, te hago estas reflexiones, porque ahora precisamente es el tiempo de estudiar y de aprender. Cuando estos hermosos dias de la niñez y de la juventud han pasado para no volver, entonces, querida niña, apenas hay lugar de llorar el tiempo no aprovechado, la ciencia no adquirida.

Procuraré hacerte ver las ventajas de la ciencia en general, su belleza, y aun hablarte en particular de cada una de las cosas que me parezca que necesitas saber por ahora.

Esto lo haré en cartas, como te he hablado hasta aquí; cartas á que me permitirás que esta sirva de introduccion.

¡Feliz yo si llego á hacerte comprender ese bendito afan con que tus padres procuran que aprendas! ¡Feliz si algun dia, cuando sientas en tí los frutos de tus estudios, recuerdas que yo te inspiré alguna idea de ellos.

MAGDALENA.

México, Marzo 15 de 1873.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO VI.

De la paz doméstica.

I

Por muy propicia que se nos muestre la fortuna en la marcha de nuestros negocios; por muy constante que sea nuestro estado de salud; y por muy sólida que sea la paz pública en el país en que vivimos; y por muy gratos que sean los momentos que pasemos en sociedad con los estraños, jamás podremos ser completamente felices, si el cielo no ha derramado entre nosotros las bendiciones de la paz doméstica.

II

Las riñas y altercados entre los que viven bajo un mismo techo, amargan la existencia en su único refugio contra las constantes contradicciones y penalidades que ofrece el mundo, y arguyen siempre falta de educacion y buenos principios, é ignorancia ó desprecio de las leyes del decoro.

III

El que por un accidente cualquiera de la vida doméstica se encuentra alguna vez desagradado, y es sorprendido en estos momentos por una visita, puede fácilmente sobreponerse á la alteracion de su ánimo y presentarse con semblante sereno y afable; pero si la discordia interior devora constantemente su corazon y le ha hecho habituales sus crueles impresiones, imposible le será componer repentinamente su rostro y suavizar toda su exterioridad, para aparecer con aquel aire de tranquilidad y contento que

es la primera señal de buena acogida que ha de darse á los estroños.

## IV

Las personas de una misma familia que se encuentran desacordadas, no pueden jamás recibir dignamente á una visita. Aunque no estén en aquel momento bajo la impresion de un reciente disgusto, y puedan por lo tanto mostrarle respectivamente la necesaria afabilidad, su manera de tratarse entre sí habrá de revelar su desacuerdo; y la visita, al mismo tiempo que verá en esto un signo de mala educacion, se sentirá fuertemente embarazada para tomar parte con libertad y acierto en la conversacion cuyo movimiento ha de ser irregular y enojoso, por cuanto no está basado en la armonía general y re-éproca de todos los circunstancias.

## V

La discordia interior no puede ocultarse nunca á los domésticos, los cuales la transmitirán fácilmente al conocimiento de los estroños; y el lamentable estado de una casa abandonada por la paz, y consiguiientemente por la dignidad y el decoro, vendrá por este medio á hacerse público y á retirar de ella las simpatías, la estimacion y el trato de las personas juiciosas y bien educadas.

[Continuará.]

## EL VIEJO, EL NIÑO Y EL BURRO.

[FABULA.]

Iban un viejo y un chico  
Por esos mundos de Dios,  
Y acompañando á los dos  
Iba también un borrieco.

El vejete, ya encorvado,  
Iba á pié con mucha paz,  
Y mientras tanto el rapaz  
Iba en el burro montado.

Vieron esto ciertas gentes  
De no sé qué poblacion,  
Y con acento burlesco  
Esclamaron impacientes:

—«¡Mire usted el rapazuelo  
Y qué bien montado vá,  
Mientras de viejo que está  
Andar no puede el abuelo!

¿No era mejor que el chiquillo  
Siguiera á pié, de reata,  
Y que el viejo que va á pata  
Montara en el borriquillo?»

El anciano, que esto oyó,  
Dijo al muchacho: «discurso  
Que hablan bien: baja del burro,  
Que voy á montarlo yo.»—

El niño, sin impugnallo,  
Bajó del asno al instante,  
Y echó á andar, mientras boyante  
Iba el abuelo á caballo.

—«¡Vaya un cuadro singular  
Y un chistoso vice-versa!  
(Dijo otra gente diversa  
Que así los vió caminar):

¡Mire usted el viejarron  
Y cómo va cabalgando,  
Mientras el chico va dando  
Tropezon tras tropezon!

¿No era mejor que el vejete  
¡Maldito sea su nombre!  
Fuese á pié, que al fin es hombre,  
Y no el pobre mozalvete?»

—«Alabado sea Dios!  
Dijo el viejo para sí:  
¿Tampoco les gusta así?  
¡Pues nada! á montar los dos.»

Esto dicho, de la chupa  
Tiró al muchacho, y subiolo

De un brinco arriba, y montóle  
Muy sí señor en la grupa.

—«¡Perfectamente! esclamaron,  
Soltando la tarabilla,  
Los de otro lugar ó villa  
Con los cuales se encontraron:

¿Habrá cosa mas bestial,  
Aunque sea pasatiempo.  
Que montar los dos á un tiempo  
En ese pobre animal?

¿No era mejor, ¡voto á brios!  
Que alternasen en subir,  
Y no que el burro ha de ir  
Cargado así con los dos?»

—«Cosa es ya que me encocora,  
Esclamó el viejo bufando:  
Bajemos los dos..... y andando!  
A ver qué dicen ahora.»—

Y uno y otro descendieron,  
Y á pié empezaron á andar,  
Y..... «bien! muy bien! ¡vaya un par!  
Otras gentes les dijeron.

¿Es posible que se dé  
Quien así busque molestias?  
¡Qué majaderos! ¡qué bestias!  
Tienen burro, y van á pié.»—

Cargado entonces del todo,  
Dijo el viejo: «¡voto va!  
¿Con que no podemos ya  
Acertar de ningun modo?

Hagamos lo que nos cuadre,  
Sin hacer caso el menor  
De ese mundo charlador,  
Llore ó ria, grite ó ladre.

*Esté limpia la conciencia,  
Que es el deber principal,  
Y en lo demás, cada cual  
Consulte su conveniencia.*

Por nada, pues, ya me aburro  
En un mundo tan ruín:  
Conque..... arriba, chiquitin,  
Que es lo mejor.—¡Arre, burro!»

## EL DEBER DE PERDONAR.

La maestra de la escuela donde se educaban Elena y Rosa, ofreció un premio á la que presentase el mejor cuadro en los próximos exámenes; y como las dos niñas tenían igual disposicion para el dibujo, era todavía dudoso cuál de las dos habria de obtener el premio. Faltando ya pocos dias para el de los exámenes, se les permitió que continuasen su trabajo en la escuela despues que terminaban todas las lecciones.

Una de esas tardes, pasando Rosa por el cuarto tropezó con la carpeta en que trabajaba Elena, y derramó un tintero sobre el dibujo que esta tenia ya casi concluido.

Encendióse en cólera Elena y la dijo en tono airado: tú lo has hecho de intento para que no se me dé el premio. Jamás, mientras viva, te perdonaré.

¿Cómo puedes creer tal cosa? dijo Rosa afligida y asustada. Tú sabes que ha sido una casualidad, ¿por qué no has de perdonarme? Por nada de este mundo hubiera hecho yo accion tan villana como la de privarte intencionalmente del premio que mereces.

Elena no prestaba oídos á las disculpas, y salió precipitadamente del cuarto.

Estas dos niñas habian sido condiscípulas por mas de tres años, y siempre se habian amado mucho. Se sentaban en carpetas inmediatas, estudiaban las mismas materias, y jamás desavenencia alguna habia interrumpido la buena amistad que se profesaban.

Tenia Elena un carácter iracundo é intolerante: Rosa, por el contrario, era niña que se hacia amar de todos por su buena índole y deseo de complacer á los demás. Amaba con predileccion entre sus con-

discípulas á Elena, y al separarse de ella en esta ocasion, dejándola con palabras de ira en los labios, su pobre corazon sufría horriblemente. Echóse el velo en la cara para ocultar sus lágrimas, y tomó pausadamente el camino de su casa.

No dejaba de conocer Elena que habia procedido mal: su conciencia la acusaba de haber sido sobrado injusta y de haber dicho mas de lo que sentia; pero la cólera no la dejaba oír la voz de sus remordimientos. Al llegar á su casa se quejó de una fuerte jaqueca, y se sirvió de este achaque para retirarse mas temprano á su cuarto.

Allí tomó un libro del estante, y al abrirle tropezó con estas palabras: «sí tú perdonas á los que te ofenden, tu Padre Celestial también te perdonará á tí.»

Cerró bruscamente el libro, y lo tiró sobre la mesa diciendo entre dientes: no, no puedo perdonarla.

Aquella noche Elena, por la primera vez en su vida, se acostó sin recitar las oraciones que siempre acostumbraba antes de entregarse al sueño.

A la mañana siguiente, al salir de su cuarto y al ver á una criada que pasaba por la sala, le preguntó si ya su mamá se habia levantado.

Su mamá de vd., respondió la criada, no está en casa. La señorita Rosa ha muerto. Cuando volvía ayer de la escuela á su casa, un caballo desbocado la estropeó de tal modo, que solo vivió media hora despues de la ocurrencia. Luego que lo supo su mamá de vd., fué á ver á la pobre madre, y con ella ha pasado toda la noche.

Elena se lanzó fuera de la casa; y pocos minutos despues se hallaba en la de la pobre niña.

¡Oh mamá! dijo echándose en los brazos de su madre, ¿será posible..... oh! no..... no lo creo.....

Querida Elena, dijo su madre, desgraciadamente no te han engañado. Nuestra Rosa ha ido á aumentar el número de los ángeles del cielo. Ven á ver cuán bella está, aun sin el color de la vida.

Con trémulos pasos siguió Elena á su madre, y creyó que su corazon habia cesado de latir cuando vió á su ya perdida amiga yaciendo en una tumba cubierta de flores. Tal dulzura habia en sus facciones y tal inocencia en la sonrisa de sus labios, que nadie la hubiera creído muerta, sino sumida en un apacible sueño.

Sin articular palabra y con los ojos bañados en lágrimas, contemplaba Elena á la amigueta que el dia anterior habia visto llena de vida, cuando su madre la llevó aparte y la dijo: hija mia, sus últimas palabras fueron: decid á Elena que siempre la quise mucho, y que jamás tuve intencion de privarla del premio. Ayer no quiso oirme; pero estoy segura de que hoy creará las palabras de una moribunda.

Al punto Elena dió suelta al llanto y corriendo á arrodillarse ante la tumba de Rosa, exclamó: perdóname, queridísima Rosa..... perdona mi injusticia..... la memoria de mi crueldad para contigo, me acompañará toda la vida.

Elena es hoy madre de familia, y siempre que enseña á sus hijos una cartera con un dibujo manchado, se le saltan las lágrimas de los ojos, y les dice: no permita el cielo, hijos míos, que recibais jamás una leccion tan terrible como la que á mí me enseñó el deber de perdonar.

## EL PELOTAZO.

[FABULA.]

A un chiquillo un chicazo  
Le encajó tan tremendo pelotazo,  
Que le hizo un gran chichon en el cogote;  
Mas la pelota, al bote,  
Volviendo atrás con ímpetu no flojo,  
Tornó por donde vino;  
Y encontrándose un ojo en el camino,  
Al autor del chichon dejó sin ojo.

*No haga al prójimo mal quien esto note,  
Porque el mal es pelota  
Que vuelve contra el mismo que la bota,  
O miente el pelotazo en el cogote.*